

Toda la barricada hizo fuego, y la detonación fué espantosa; una tempestad de humo envolvió y obscureció la piza de artillería y los hombres.

Después de unos instantes se disipó la nube, y el cañón y los hombres reaparecieron.

Los artilleros acababan de colocarla enfrente de la barricada, con lentitud, en toda regla, sin precipitación de ningún género.

No había ni uno herido.

En seguida el jefe, apoyándose en la culata para elevar el tiro, se puso á apuntar el cañón con la gravedad de un astrónomo que asesta el anteojo.

—¡Bravo por los artilleros!—gritó Bossuet.

Y toda la barricada aplaudió.

Un momento después, la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos, á caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería.

Era una boca formidable que se abría ante la barricada.

—¡Magnífico!—exclamó Courfeyrac.—Aquí está la brutalidad. Después del cachete el puñetazo. El ejército extiende su garra hacia nosotros. La barricada va á sentirse sacudir seriamente. Los fusiles tantean, el cañón atrapa.

—Es una pieza de á ocho, de nuevo modelo y de bronce,—añadió Combeferre.—Esa clase de piezas, por poco que se exceda de la proporción de diez partes de estaño por ciento de cobre, están expuestas á reventar. El exceso de estaño las hace demasiado blandas, y sucede entonces que se forman escarabajos en el oído. Para obviar ese peligro y poder forzar la carga, tal vez convendría volver al procedimiento del siglo XIV, y reforzar exteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata á los muñones. Entretanto, se remedia ese defecto como mejor se puede; se consigue descubrir donde están los escarabajos en el oído de un cañón, haciendo uso de la sonda; pero es preferible emplear la estrella móvil de Gribeauval.

Sí—respondió Courfeyrac,—eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la precisión del tiro. En el tiro á corta distancia, la trayectoria no tiene toda la tensión debida, exagerándose la parábola, el camino del proyectil no es bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, lo cual es, sin embargo, una necesidad del combate, cuya importancia crece con la aproximación del enemigo y la precipitación de los disparos. Esta falta de tensión de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo XVI, consistía en lo escaso de la carga; y las cargas pequeñas en las piezas de guerra, son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservación de los afustes.

“En suma, el cañón, ese déspota, no puede todo lo que quiere; la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañón no anda más que seiscientas leguas por hora; la luz recorre sesenta mil en un segundo. Tal es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleón.

—Carguen otra vez,—dijo Enjolrás.

¿De qué manera iba á recibir el revestimiento de la barricada el embate de la artillería? ¿Abrirían brecha en ellas las balas? Esta era la cuestión.

Mientras los insurrectos cargaban de nuevo sus fusiles, los artilleros hacían lo propio con el cañón.

La ansiedad era profunda en el reducto.

Partió el tiro, y sonó la detonación.

—¡Presente!—gritó una voz alegre.

Y al mismo tiempo que la bala dió contra la barricada, vióse á Gavroche precipitarse dentro.

Llegaba por el lado de la calle del Cisne, y había andado listo en saltar la barricada accesoria que estaba enfrente del laberinto de la Petite Truanderie.

Gavroche hizo en la barricada más efecto que la bala.

La bala se había perdido en los escombros, logrando á lo sumo romper una rueda del ómnibus, y destrozor la carreta vieja de Anceau.

Los de la barricada, al ver esto, se echaron á reír.

—Proseguid,—gritó Bossuet dirigiéndose á los artilleros:

VIII

La artillería se va poniendo seria.

Todos rodearon á Gavroche.

Pero Mario, sin darle tiempo de decir nada, se lo llevó aparte, y le preguntó estremecido.

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—¡Toma!—respondió el chico.—¿Y vos?

Y mirando fijamente á Mario con un descaro épico, sus dos ojos se agrandaban por efecto de la arrogante lucidez que despedían las órbitas.

Mario prosiguió con acento severo.

—¿Quién te ha dicho que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta.

No dejaba de escocerle algo á Gavroche lo relativo á aquella carta; pues en la prisa de volver á la barricada, mejor que entregarla, lo que hizo fué deshacerse de ella.

No podía dejar de decir en sus adentros, que la había confiado con sobrada ligereza á aquel desconocido, cuyo rostro no logró distinguir siquiera, á pesar de tener descubierta la cabeza.

En una palabra, reprendíase interiormente, y temía los cargos que Mario pudiera dirigirle.

Para salir de apuros, eligió el medio más sencillo, el de mentir abominablemente.

—Ciudadano, entregué la carta al portero. La señora dormía, y se la darán en cuanto despierte.

Mario, al enviar aquella carta, se había propuesto dos cosas: despedirse de Cosette y salvar á Gavroche. Tuvo que contentarse con la mitad de lo que quería.

El envío de su carta y la presencia del señor Fauchelvent en la barricada, ofrecían cierta correlación, que no dejó de presentarse á su espíritu, y dijo á Gavroche, mostrándole aquel hombre:

—¿Le conoces?

—No, —contestó Gavroche.

En efecto, como acabamos de recondar, el chico no había visto á Juan Valjean sino de noche.

Las turbias y enfermizas conjeturas que habían confusamente aparecido en el espíritu de Mario, se disiparon.

¿Conocía él por ventura las opiniones del señor Fauchelven?

¿No podía ser republicano; y de ahí naturalmente su presencia en el sitio del combate?

Gavroche estaba ya al otro extremo de la barricada, gritando:

—¡Mi fusil!

Couffeyrac mandó que se le entregasen.

Gavroche advirtió á los "camaradas," como él los llamaba, que el bloqueo de la barricada era cosa hecha; que á él le había costado mucho trabajo llegar. Un batallón de línea, cuyos pabellones estaban en la Petite Truanderie, tenía tomadas las salidas de la calle del Cisne, y por el lado opuesto, la guardia municipal se había apostado en la calle de Predicadores. Enfrente estaba el grueso del ejército.

Dadas estas explicaciones, añadió Gavroche:

—Os autorizo para que los zurreis de lo lindo.

Entretanto Enjolrás, desde su almena, espiaba con oído atento.

Los sitiadores, poco satisfechos sin duda de su cañonazo, no le habían repetido.

Una compañía de infantería de línea ocupó el extremo de la calle detrás de la pieza. Los soldados despejaban el suelo, y construían allí con los adoquines una pared baja, especie de parapeto, que apenas excedía de dieciocho pulgadas de altura y daba frente á la barricada.

En el ángulo izquierdo de este parapeto veíase la cabeza de un batallón de las afueras, formado en masa en la calle de San Dionisio.

Enjolrás, desde su atalaya, creyó percibir este ruido particular que se hace al sacar del arcón las cajas de metralla, y pudo el jefe cambiar la puntería é inclinar ligeramente la boca del cañón á la izquierda. Después, los artilleros se pusieron á cargar la pieza.

El mismo jefe cogió el bota fuego y lo acercó al oído.

—¡Bajar la cabeza!—gritó Enjolrás.—¡Arrimarse á la pared! ¡Todos de rodillas á lo largo de la baricada!

Los insurrectos esparcidos delante del figón y que habían dejado su puesto de combate á la llegada de Gavroche, corrieron en pelotón á la barricada; pero aún no se había ejecutado la orden de Enjolrás, cuando se oyó un tiro, con ese ronquido terrible de las descargas de metralla.

Era, en efecto, un metrallazo.

La carga, dirigida á la cortadura del reducto, había rebotado contra la pared, y de esté espantoso rebote resultaron dos muertos y tres heridos.

Continuando así, la barricada no había podido sostenerse por más tiempo. Penetraba en ella la metralla.

Hubo un rumor de consternación.

—Impidamos al menos el segundo metrallazo,—dijo Enjolrás.

Y, bajando la carabina, apuntó al jefe que, inclinado en aquel momento sobre la cualata del cañón, rectificaba y fijaba definitivamente la puntería.

El jefe era un guapo sargento de artillería, joven, rubio, de rostro apacible, con ese aire inteligente propio del arma predestinada y tremenda que, á fuerza de perfeccionarse en el horror, ha de acabar por matar la guerra.

Combeferre, de pie junto á Enjolrás, contemplaba á aquel joven.

—¡Qué lástima!—dijo.—¡Qué horribles son estas matanzas! Por fin, cuando ya no haya reyes, no habrá guerras. Enjolrás; tú apuntas á ese sargento, pero no le miras. Figúrate que es un buen mozo; es intrépido, no cabe duda; se le ve calcular. Son muy instruidos esos jóvenes artilleros. Tiene padre, madre, familia; probablemente ama. Representa á lo sumo veinticinco años. Podría ser hermano tuyo.

—Lo es,—dijo Enjolrás.

—Sí,—prosiguió Combeferre,—y también mío. No le matemos, pues.

—Déjame. Lo que es preciso, es preciso.

Y una lágrima rodó lentamente por la mejilla de mármol de Enjolrás.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de su carabina y salió el tiro.

El artillero giró dos veces sobre sí mismo abriendo los brazos y levantando la cabeza como para aspirar el aire; luego cayó de costado sobre la pieza, sin volver á moverse.

Brotábale de la espalda un arroyo de sangre. La bala le había atravesado el pecho de parte á parte.

Estaba muerto.

Fué preciso retirarle, y reemplazarle.

Habíamse ganado efectivamente algunos minutos.

IX

empleo de aquel talento de cazador furtivo y de aquella puntería infalible, que influyó en la condena de 1796.

Los pareceres eran diversos en la barricada.

La pieza de artillería iba á funcionar de nuevo, y con aquella metralla todo habría concluido en un cuarto de hora. Era de absoluta necesidad atenuar la fuerza de los tiros.

Enjolrás pronunció esta orden.

Es preciso poner allí un colchón.

—No hay ninguno,—respondió Combeferre.—Los ocupan los heridos.

Juan Valjean, sentado aparte en un guarda-cantón junto á la esquina del figón, con el fusil entre las piernas, no había tomado parte hasta entonces en nada de lo que pasaba.

Parecía no oír á los combatientes exclamar, aludiéndole:—“Un fusil inútil.”

Al dar Enjolrás la orden, Juan Valjean se levantó:

Recordará el lector, que cuando llegó el tropel de gente á la calle de la Chanvrière, una vieja, por miedo á las balas, había puesto un colchón delante de su ventana.

Esta ventana pertenecía á una buhardilla, y estaba sobre el techo de una casa de seis pisos, algo separada de la barricada.

El colchón, colocado de través y apoyado por debajo en dos varas de tender ropa, estaba sostenido por arriba con dos cuerdas, que desde lejos parecían dos hilos, atadas á clavos fijos en el dintel de la buhardilla.

Veíanse destacarse claramente aquellas cuerdas como dos cabellos.

—¿Puede alguien prestarme una caravina de dos cañones?—dijo Juan Valjean.



Enjolrás, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la entregó. Juan Valjean, apuntó á la buhardilla y tiró. Una de las cuerdas quedó rota, y el colchón no pendía más que de un hilo. Juan Valjean disparó el segundo tiro, y la segunda cuerda dió contra los vidrios de la buhardilla.

El colchón resbaló por entre las dos varas y cayó á la calle.

La barricada aplaudió.

Todos gritaron:

—¡Ya tenemos colchón!

—Sí,—dijo Combeferre;—pero ¿quién irá por él?

El colchón había caído, en efecto, fuera de la barricada, entre los sitiados y sitiadores; y como la muerte del sargento de artillería había exasperado á la tropa, los soldados, hacía unos instantes, se habían tendido boca abajo detrás de la línea de adoquines levantada por ellos; y para suplir el forzoso silencio de la pieza, enmudecida hasta reorganizar su servicio, había roto el fuego contra la barricada.

Los insurrectos no respondían á aquellas descargas de fusilería para ahorrar municiones.

La fusilería se estrellaba contra la barricada, pero llenaba de balas la calle, dándole un aspecto terrible.

Juan Valjean salió por el boquete, penetró en la calle, atravesó aquel huracán de balas, fué en busca del colchón, cargó con él á cuestras, y volvió á la barricada.

El mismo colocó el colchón en el boquete, fijándole contra la pared de modo que no le viesen los artilleros.

Hecho esto, aguardóse la descarga de metralla.

No se hizo esperar. El cañón vomitó rugiendo su paquete de metralla, pero no hubo rebote. Las postas abortaron contra el colchón.

Habíase logrado el efecto previsto, y la barricada se había salvado.

—Ciudadano,—dijo Enjolrás á Juan Valjean,—la República os da las gracias.

Bussuet, admirado y riéndose,—exclamó:

—¡Es inmoral que un colchón tenga tanta virtud! ¡Es el triunfo de lo flexible sobre lo fulminante! Pero de todos modos, ¡bendito sea el colchón, que anula el cañón!

X

Aurora.

En aquel momento se despertaba Cosette.

Su cuarto era estrecho, aseado, discreto, con una gran ventana á Oriente, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabía nada de lo que pasaba en París.

No estaba á la víspera, y se había retirado ya á su cuarto, cuando la tía Santos dijo: "Parece que hay jarana."

Durmió pocas horas, pero bien. Tuvo dulces sueños, contribuyendo algo quizá á ello la extrema blancura de su cama.

Habíasele aparecido Mario inundado de claridad; y como al despertar, daba el sol de lleno en sus ojos, se le figuró que continuaba soñando.

Su primer pensamiento, cuando salió de aquel ensueño, fué de alegría. Cosette se sintió tranquila.

Experimentaba, como Juan Valjean algunas horas antes, esa reacción del alma que no admite bajo concepto alguno la desgracia, y se puso con todas sus fuerzas á esperar, sin saber el por qué.

De improvviso le asaltó una angustia indecible. ¡Hacia tres días que no había visto á Mario!

Pero reflexionó que debía haber recibido su carta, que sabía dónde estaba, y que hallándose dotado de tanto talento, encontraría medio de llegar hasta ella... Y muy pronto, sin duda, quizá aquella misma mañana.

Era día claro, más por la disposición horizontal de los rayos de luz creyó que amanecía. Había que levantarse, no obstante, para recibir á Mario.

Sentía que le era imposible vivir sin Mario, y parecíale ello razón suficiente para que viniese.

No había nada que objetar; el argumento era concluyente.

¡Pues ¡no llevaba ya tres días de padecer! ¡Tres días sin ver á Mario! ¡Atroci- dad del cielo!

Dios había querido probarla; pero la prueba había terminado, y Mario iba á volver portador de buenas nuevas.

Tal es la juventud; se enjuga pronto los ojos; y considerando inútil el dolor, no lo acepta.

La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido, que es el porvenir mismo.

Nada para ella más natural que ser dichosa; parece que su respiración está hecha de esperanza.

Por lo demás, Cosette no acertaba á recordar lo que Mario le había dicho á propósito de aquella ausencia, que sólo debía durar un día, ni cómo se la había explicado.

Todo el mundo sabe la facilidad con que una moneda que cae en el suelo corre á ocultarse y mortifica al que la busca. Hay pensamientos que divierten de igual modo á costa nuestra, escondiéndose en un rincón del cerebro.

En vano corremos tras ellos; la memoria no consigue apoderarse del fugitivo.

Cosette no dejaba de sentir cierto despecho al notar que el recuerdo le era rebelde, pues juzgaba criminal en ella el olvido de las palabras que Mario había pronunciado.

En cuanto dejó el lecho, se apresuró á cumplir con las dos atenciones del alma y del cuerpo: la oración y el tocador.

Puédese en rigor introducir al lector en una alcoba nupcial, pero no en el dormitorio de una virgen.

Apenas se atrevería á ello el verso, y no debe intentar lo la prosa.

Es el interior de una flor cerrada aún; es una blanca en la sombra; es la cellilla íntima de un lirio cerrado, que no debe mirar el hombre mientras no le haya mirado el sol.

La mujer, todavía capullo, es sagrada.

Ese lecho inocente que se descubre, esa adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, ese blanco pie que se refugia en una chinela, esa garganta que se vela delante de un espejo, como si el espejo tuviera ojos, esa camisa que se apresura á

subir y ocultar los hombros al menor ruido de un mueble que cruje, ó de un carruaje que pasa, esas cintas atadas, esos corchetes abrochados, esos cordones atacados, esos estremecimientos, esos temblores de frío y de pudor, ese azoramiento exquisito de todos los movimientos, esa inquietud casi alada donde nada hay que temer, esas fases sucesivas del vestido, tan bellas como las nubes de la aurora, todas esas cosas no conviene referirlas, y es ya demasiado indicarlas.

La mirada del hombre debe mostrarse aún más religiosa ante la virgen que sale del lecho, que ante la estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzar debe convertirse en acrecentamiento de respeto.

El aterciopelado del melocotón, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve, el ala de la mariposa polvoreada de plumas, son objetos groseros, si se comparan con esta castidad que ni aun sabe que es casta.

La joven es un fulgor de sueño, sin ser todavía una estatua.

Ocúltase su alcoba en la parte sombría del ideal.

El indiscreto tacto de la mirada ofende brutalmente su vaga penumbra. Contemplar, en semejante caso, es profanar.

No mostraremos, pues, nada de ese suave rebullir de Cosette al levantarse.

Un cuento oriental dice, que Dios había hecho blanca la rosa; pero que habiéndola mirado Adán en el momento de entreabirse, tuvo vergüenza, y se coloreó. Nosotros somos de los que se quedan suspensos delante de las vírgenes y de las flores, por creerlas dignas de veneración.

Cosette se vistió muy pronto y se peinó, lo cual era sencillísimo en aquel tiempo, pues entonces las mujeres no se ahuecaban los bucles y el rodete con almohadillas, ni embutidos de tul ó de cerda.

Después abrió la ventana y miró al rededor, esperando descubrir algún trozo de calle, un ángulo de casa ó de empedrado, y ver en él á Mario. Pero no se veía nada de lo que pasaba fuera, por estar el patio interior rodeado de altas paredes, y sin más vista que unos jardines.

Cosette declaró que aquellos jardines eran horribles, y por la primera vez de su vida le parecieron feas las flores.

Mucho más le habrían gustado ver el menor pedazo de calle, y así tomó el partido de dirigir los ojos al cielo, como si creyese que Mario podía también venir de allí.

De repente empezó á llorar, y no era efecto de la movilidad de su aire, sino consecuencia de las esperanzas frustradas por el abatimiento: tal era su situación.

Sintió confusamente algo horrible, una de esas visiones que lleva el aire dentro de sí, y dijo en su interior, que no estaba segura de nada; que perderse de vista, era de todos modos perderse; y la idea de que Mario pudiera venir hacia ella del cielo, se le representó, no ya con colores agradables, sino lúgubres.

Después, así son semejantes nubecillas, recobró la calma y la esperanza, brillando nuevamente en su rostro esa sonrisa inconsciente, pero que espera en Dios. Todos dormían aún en la casa. Reinaba un silencio de provincia, y no se había abierto ningún postigo.

La portería estaba cerrada. La tía Santos no se había levantado, y Cosette supuso naturalmente que le sucedería lo propio á su padre.

Preciso era todo lo que había sufrido, y lo que entonces sufría para acusar duramente á su padre, por haberla así sacado de su jardín y su pabellón queridos, para llevarla á aquel cuarto estrecho y escondido; pero contaba con Mario, pues el eclipse de aquella luz amorosa era de todo punto imposible.

Percibía de vez en cuando, á cierta distancia, como sacudimientos sordos, y decía:

—¡Es raro que se abran y cierren las puertas-cocheras tan temprano!
Eran los disparos de cañón contra la barricada.



Había, á algunos pies más abajo de la ventana de Cosette en la antigua cornisa negruzca de la pared, un nido de vencejos. Este nido resaltaba un poco, de suerte que se podía, desde arriba, ver el interior de aquel pequeño paraíso.

La madre cubría á la sazón con sus alas, en forma de abanico, á sus hijuelos, y el padre revoloteaba, iba y volvía, trayendo en el pico comida y besos.

El naciente día doraba aquella casa feliz: la gran ley de la naturaleza "Multiplicaos," se veía allí risueña y augusta, y aquel dulce misterio se derramaba en la gloria de la mañana.

Cosette con los cabellos al sol y el alma en las quimeras, iluminada interiormente por el amor, y fuera por la aurora, se inclinó maquinalmente al parecer, y casi sin atreverse á confesar que pensaba al mismo tiempo en Mario, se puso á contemplar aquellas aves, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos pequeñuelos, con la profunda turbación que un nido produce en una virgen.

XI

Un tiro que no deja de ser certero ni mata á nadie.

El fuego de los agresores continuaba. La fusilería y la metralla alternaban, sin producir, á la verdad, gran daño.

Solamente padecía bastante la parte alta de la fachada de Corinto; poco á poco iba perdiendo su forma la ventana del primer piso como las buhardillas del tejado, acribilladas á balazos y cascós de metralla. Los combatientes apostados allí tuvieron que retirarse.

Por lo demás, esta es la táctica que se observa generalmente en el ataque de barricadas; se tira por mucho tiempo, á fin de agotar las municiones de los insurrectos, si éstos cometen la falta de contestar.

Cuando se conoce, por la disminución del fuego, que no tienen ya balas ni pólvora, se da el asalto.

Enjolrás no había caído en el lazo, y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche ahuecaba el carrillo con la lengua, signo despreciativo en alto grado.

—Bueno,—decía;—romped la tela; tenemos mucha necesidad de hilas.

Courfeyrac interpelaba á la metralla por el poco efecto que producían sus cascós, y le decía al cañón:

—¡Te vuelves difuso, amigo mío!

En la batalla hay también sus intrigas como en los bailes de máscaras.

Por eso, probablemente, el silencio del reducto empezaba á inquietar á los sitiadores, y el temor de algún incidente imprevisto excitó en ellos el deseo de ver claro al través de aquel montón de adoquines, y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impenetrable, que recibía los tiros sin dignarse contestar.

De pronto divisaron los insurrectos un casco que brillaba con el sol sobre un tejado próximo.

Era un bombero que, apoyado en una chimenea, parecía estar allí de centinela, dominando con su vista toda la barricada.

—Es un vigilante incómodo,—dijo Enjolrás.

Juan Valjean había devuelto la carabina á Enjolrás, pero tenía su fusil.

Sin decir palabra, apuntó al bombero, y un segundo después el casco, herido por la bala, cayó con estrépito á la calle.